



CAPÍTULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso, que en todo el discurso desta grande historia avino á Don Quijote.



APÉARONSE los de á caballo, y junto con los de á pié, tomando en peso y arbatadamente á Sancho y á Don Quijote, los entraron en el patio, al rededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo oscura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del cual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que, por tener coronas en la cabeza y centros en las manos, daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trujeron los presos sentaron á Don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos, que asimesmo callasen; pero sin que se lo señalaran, callaran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de Don Quijote, ser el Duque y la Duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian Reyes. ¿Quién

no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido Don Quijote, que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro, se levantaron Don Quijote y Sancho y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mesmo, inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de traves un ministro, y llegándose á Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza, le puso en la cabeza una coraza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y díjole al oido que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza, ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coraza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner, diciendo entre sí:—Aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábale tambien Don Quijote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mesmo silencio guardaba silencio, asimesmo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra junto á la almohada del, al parecer, cadáver un hermoso mancebo, vestido á lo Romano, que al son de una arpa, que él mesmo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quijote,
Y en tanto que en la Corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia,
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.

Y aun no se me figura, que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á tí debida;

Libre mi alma de su estrecha roca,
 Por el Estigio lago conducida,
 Celebrándote irá, y aquel sonido
 Hará parar las aguas del olvido¹.

—No mas, dijo á esta sazón uno de los dos que parecían Reyes: no mas, cantor divino, que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente: y así, ó tú Radamanto que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado, acerca de volver en sí esta doncella, dílo y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Mínos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pié Radamanto, dijo:—Ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos, y seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza, rompió el silencio y dijo:—Voto á tal, así me deje yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como volverme Moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro, con la resurrección desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante: muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo y no hay conmigo tus, tus.—Morirás, dijo en alta voz Radamanto: ablándate, tigre, humíllate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir.—Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fe de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto, que por el patio venían hasta seis dueñas en procesion una tras otra, las cuatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñeca de fue-

¹ Véase la Egloga III de Garcilaso.

ra, para hacer las manos mas largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho, cuando bramando como un toro, dijo:—Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mismo castillo: traspáenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenáenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré, si me llevase el diablo. Rompió tambien el silencio Don Quijote, diciendo á Sancho:—Ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo, por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, cuando él mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia.—Menos cortesía, menos mudas, señora dueña, dijo Sancho; que por Dios que traeis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizaron; pero lo que él no pudo sufrir, fué el punzamiento de los alfileres, y así se levantó de la silla, al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida, que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo:—Afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto Altisidora, que debia de estar cansada, por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron:—Viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho, que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Así como Don Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole:—Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo, que es el tiempo donde tienes sazónada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera. A lo que respondió Sancho:—Esto me parece argado sobre argado¹, y no miel sobre hojuelas: bueno sería, que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes: no tienen mas que hacer, sino tomar una gran piedra y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no

¹ En el *Diccionario* de la Lengua se dice que hacer un argado equivale á hacer un enredo; pero este sentido no se contrapone al que encierra la espresion de miel sobre hojuelas.

pesaria mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme, si no por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece, aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban:—Viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los Duques y los reyes Mínos y Radamanto, y todos juntos con Don Quijote y Sancho fueron á recibir á Altisidora, y á bajarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada se inclinó á los Duques y á los Reyes, y mirando de traves á Don Quijote, le dijo:—Dios te lo perdona, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer, mas de mil años: y á tí ó el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para tí, y si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la corzoza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque, que le dejasen la ropa y mitra, que las queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dejarían, que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á Don Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabían.



CAPÍTULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia.

DURMIÓ Sancho aquella noche en una carriola, en el mismo aposento de Don Quijote, cosa que él quisiera escusarla, si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale mas á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo:—¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado.—Muriérase ella en hora buena, cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Agora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.—Duerme, Sancho amigo, respondió Don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recibidos y las mamonas hechas.—Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa, que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el